

LA RENOVACION SOCIALISTA: UN MITO CONTEMPORANEO

ANDRÉS BENAVENTE URBINA
Universidad de Chile

A partir de 1980, por señalar una fecha, se empieza a hablar en Chile con particular insistencia de la renovación del pensamiento socialista. Ello está en función de una reelaboración del proyecto político, y del programa que de él se deriva, a ser presentado a la sociedad chilena. Reelaboración porque está claro, para quienes asumen la tarea de la renovación, que la plataforma usada hasta 1973 quedó invalidada no sólo por el término brusco de esa experiencia, sino por su ineficacia intrínseca, como después lo han sostenido al criticar ese período.

La renovación socialista despertó curiosidad e interés. Curiosidad por cuanto se sitúa en el campo práctico a alguna distancia del partido comunista, que sigue apegado a la ortodoxia doctrinal y que en lo político viene propiciando, abiertamente, una estrategia insurreccional para acceder al poder.

Que se formara un polo absolutamente independiente del comunismo dentro de la izquierda era del todo novedoso en nuestra historia política, desde 1935 y, en un principio, ello pareció saludable para una recomposición del cuadro político. Muy lejanos al pensamiento que vamos a analizar, o para decirlo francamente, situados en una posición doctrinal antagónica, vimos, sin embargo, en un principio, emerger una real posibilidad de una nueva izquierda que se pudiera integrar a un consenso democrático mínimo y así escribimos que, superando ambigüedades y contradicciones, el proceso renovador podría colocarse en lo que algunos de sus inspiradores pensaban: la fundación en Chile de una alternativa socialista democrática al estilo europeo¹. Pronto, sin embargo, cambiamos

¹ BENAVENTE URBINA, Andrés, *Convergencia Socialista: afirmaciones, contradicciones y perspectivas de un proceso*, documento de trabajo ICHEH 1982.

de opinión: el desarrollo del proceso renovador fue mostrando no sólo que las contradicciones no se resolvían, sino que la iniciativa, nacida en el campo intelectual, era dominada por viejos dirigentes, cuya concepción instrumental de la democracia era de sobra conocida. El proceso renovador ahora, en 1983, no es sino una mera fase, ya por terminar, dentro de la rearticulación de la izquierda de siempre: marxista.

El proceso de renovación causó interés por cuanto varios actores políticos pensaron que había llegado la hora de tener en el país una izquierda leal a la democracia con la cual se pudiese dialogar. Hoy eso ha desaparecido y si subsisten intereses por entenderse con ese sector son por razones de orden político-práctico, no distintas de las que nuestro pasado conoció.

Pero, junto con ver que el desarrollo práctico inhabilitaba el intento renovador, se fue descubriendo, en un análisis doctrinal, que las proposiciones teóricas que emanaban de los renovadores eran, si bien novedosas en el lenguaje marxista-leninista de nuestra izquierda, en absoluto originales. Y no sólo eso sino que, además, eran proposiciones reiterativas, con distinto estilo, de antiguas concepciones que se pretendían refutar o dar por superadas. Se sostiene, con fundamento —y algo de ello queremos agregar aquí— que a nivel doctrinal menos que una renovación de fondo, simplemente es una readecuación de lenguaje a nuevas circunstancias.

Nuestra exposición abarcará los dos niveles. En primer lugar el doctrinal-ideológico, a fin de describir lo que es el proceso de renovación, y en segundo lugar el desarrollo de la renovación a partir de los actores políticos concretos de nuestro quehacer.

En los dos niveles intentaremos demostrar que el ideal renovador es sólo un mito, que debe inscribirse en las diversas fases que los marxistas no comunistas han seguido en Chile desde su aparición en la escena política nacional, en la década del 30 cuando se funda el socialismo.

I. EL CUESTIONAMIENTO IDEOLÓGICO

El denominado proceso de renovación del pensamiento socialista marxista, propio de nuestro tiempo nacional, se inserta en algo mucho más profundo como es el fenómeno de crisis por la que atraviesa el marxismo a

nivel universal, y muy concretamente la formulación marxista-leninista que han acuñado los partidos comunistas.

Sin duda el fenómeno es interesante y ha provocado más de una polémica. Abordarlo desde su interior para luego precisar los alcances, el sentido y las contradicciones del proceso renovador en Chile son los objetivos del presente trabajo.

Hay que afirmar, desde el principio, que sobre la renovación hay una fuerte inclinación a teorizar. Se explica el asunto no tanto en función de la crisis del pensamiento de izquierda, sino como una evolución natural de éste, sobre lo cual es necesario mostrar una teoría adecuada que oculte las tensiones interiores del mismo proceso. Por la vía de la teorización la renovación cae, paradójicamente, en lo mismo que critica del tradicionalismo: el absolutismo conceptual. Siguiendo a un neomarxista, Karel Kosik, podemos sostener que hay "un cierto privilegio de la esfera teórica sobre todas las demás, el que queda demostrado por el hecho de que se puede elaborar una teoría de cualquier cosa"². Más allá de las afirmaciones teóricas nos adentraremos en el problema de fondo.

Es bueno decir, para una mejor comprensión del problema, que la reformulación del pensamiento marxista que hoy presenciamos en algunos sectores de la izquierda chilena, no es nuevo en Occidente. Más bien se constata que aquí ha llegado con bastante atraso. En efecto, después del término del período stalinista proliferan en Europa los interpretadores de Marx que se apartan de la ortodoxia de Moscú y se independizan del leninismo. Sartre en Francia, va a introducir nuevos temas. Althusser y Poulantzas inician un diálogo con el estructuralismo. Garaudy, después, va a ser el principal exponente del diálogo entre marxistas y cristianos, y tantos otros más como Penecoek, Gluksmann, etc. También, dentro de éste proceso, se ha actualizado a pensadores marxistas de las primeras épocas que en su momento fueron opacados por el soviétismo. Están ahí Rosa Luxemburgo, Lukács, Korsch y por cierto Antonio Gramsci, que ha resultado ser el inspirador más directo de la denominada renovación.

En los años 60 quien ejercía influencia en los jóvenes chilenos de izquierda —no comunistas—, y en varios socialcristianos que derivarían al

² KOSIK, Karel, *Dialéctica de lo Concreto*, editorial Grijalbo, 1967, p. 44

marxismo, era Althusser. En lo formal su lenguaje era del todo novedoso al rigor conceptual clásico. Así por ejemplo, sostenía que la teoría política marxista era finita, ya que era “algo muy distinto a una filosofía de la historia que pretende englobar todo el devenir de la humanidad y que, por consiguiente, sea capaz de definir anticipadamente y de un modo positivo su punto de llegada: el comunismo”³.

Discípulos de Althusser en nuestro país fueron Marta Harneker, Rodrigo Ambrosio, Tomás Moulián y varios otros que fueron los fundadores del partido MAPU, luego de producir una ruptura al interior de la Democracia Cristiana.

Althusser dejaría, sin embargo, un sabor poco grato a sus seguidores juveniles que conforman toda una generación en la izquierda chilena. El desengaño vendría al descubrir que el filósofo pretendidamente renovador no hacía sino que usar un lenguaje diferente para reiterar y fundamentar los conceptos de la ortodoxia clásica, la que en una primera lectura aparecía como criticada.

Tomás Moulián con mucha claridad relata aquel proceso, así como su visión —y en gran medida la de su generación política— respecto de la relación intelectuales-partidos de izquierda en los inicios de los años 70.

“Mi generación —dice Moulián— desde 1967 en reciente ruptura con el social cristianismo, se sintió atraída por el marxismo revitalizado por Althusser. Este lo despojó de los residuos mecanicistas y economicistas, lo dotó de un nuevo rigor conceptual y además abrió las puertas del diálogo con otras tendencias culturales”. Curiosamente, Althusser tenía un origen semejante al nuestro, se había formado en el cristianismo⁴.

El intelectual de la renovación socialista chilena alude luego a los efectos que en esa generación provocó la lectura de Althusser, señalando que sin mayores reparos se asumió el antihumanismo teórico que postula el pensador francés, así como se adhirió el cuestionamiento que él hace de la moral burguesa. Concluye, en esta parte, en forma de un categórico cierre

³ ALTHUSSER, LOUIS, *El Problema del Estado*, citado por Pedro Vaquero en *Althusser o el estructuralismo marxista*, editorial Zero, España 1970, p. 214.

⁴ MOULIÁN, Tomás, *Democracia y Socialismo en Chile*, editado por Flacso 1983, p. 10.

de una etapa: "Esa seductora sensación de libertad crítica que emanaba de la obra de Althusser fue muy importante en nuestra aproximación al marxismo; aparecía como una superación de la ortodoxia, en un nuevo código conceptual, de las principales tesis del marxismo-leninismo"⁵.

Derivado de lo anterior se estableció todo un estilo de relacionarse como intelectuales con los partidos de izquierda, fenómeno que también narra con mucha sinceridad: "Alimentábamos una visión religiosa de la política, que nos llevaba a pensar el marxismo como "saber total", a tener una relación de culpabilidad con lo popular que originaba prácticas testimoniales, donde el militante de origen burgués se purificaba"^{5bis}. En buenas cuentas la función de un intelectual dentro de un partido de izquierda tradicional era algo así como un sacerdocio laico, donde no se podía ir más allá de lo ya definido por la doctrina del partido. "Se pensaba —dice Moulián— que la función del intelectual debía residir, en última instancia en la dirección, dotada de la capacidad de discernir lo que era revolucionario. Aceptar esta subordinación era la manera consagrada de ser orgánicos. Es decir lo orgánico significaba la disciplina de ajustar las hipótesis e interpretaciones personales con aquellas que la dirección calificaba como formas proletarias de pensar"⁶.

Para completar el ciclo descrito por Moulián debemos agregar que en los inicios de los 70 la izquierda chilena termina por ser totalmente leninista. En efecto, el partido comunista lo era desde sus inicios en 1922; el partido socialista que reclamaba para sí una posición marxista no dogmática, adopta oficialmente el leninismo en su Congreso de Chillán en 1967 y el MAPU pasa muy luego de la visión Althusseriana a las concepciones leninistas, pudiendo fijarse como límite entre ambas etapas el Congreso celebrado en noviembre de 1970. De algún modo se puede sostener entonces que la renovación de parte de la izquierda chilena es más bien un regreso desde el leninismo hacia formas originarias de pensar y aplicar el marxismo, pero en caso alguno ha sido un viraje hacia la democracia.

En el socialismo, como partido, el paso de una etapa ideológica a otra

⁵ Ibid., p. 10.

^{5bis} Op. cit., p. 11.

⁶ MOULIÁN, Tomás, *Cuestiones de Teoría Política Marxista: una crítica a Lenin*, FLACSO, 1982, p. 9.

es algo ya tradicional. En los años 30 su gran elemento diferencial con el comunismo fue la adhesión a varios postulados trotskistas; posteriormente asumiría la variante titoísta de socialismo nacional en confrontación al stalinismo; en los años 60 sería el más fiel intérprete del guevarismo y sus tesis de insurrección inmediata en toda América Latina. Hoy la moda parece estar en leer e interpretar a Gramsci, político comunista italiano de los años 20 que escribió algunas reflexiones en torno al marxismo, y proyectarlo en el plano político concreto. ¿Cuánto durará la vigencia del pensamiento gramsciano en la izquierda no leninista chilena? ¿Será considerado Gramsci, así como fue leído el leninismo, como un pensador que proporciona un cuerpo infalible de conocimiento —ciencia de la política y ciencia de la práctica a la vez— cuya interpretación y aplicación corresponderá a los partidos renovadores?

Es posible que esas dudas estén dentro de la inquietud de Tomás Moulián cuando afirma: "Nuestras lecturas deben ser irreverentes porque no en vano hemos vivido años adorando mitos intelectuales que se desmoronan cuando alguna autoridad política decide desmontar las estatuas. Es indispensable ejercer una hermenéutica crítica"^{6bis}.

Si algo podemos ya tener claro, es que el proceso renovador pasa por un profundo cuestionamiento del leninismo, y eso es un síntoma muy categórico de una crisis dentro de la izquierda universal. Hay, en el caso chileno, varias razones en la crítica a Lenin, unas de orden teórico, otras de orden político y también otras derivadas de la visión que la izquierda tiene de su experiencia de gobierno entre 1970 y 1973.

Empecemos por esto último. Los intelectuales de izquierda, que tan secundario lugar dicen haber ocupado en la experiencia política de Salvador Allende como Presidente, critican el proceso de la Unidad Popular básicamente por su aferramiento a las consignas de Lenin. Los argumentos que dan pueden dividirse en tres categorías: a) el traslado mecanicista de concepciones políticas elaboradas y aplicadas originariamente en distintas épocas históricas y en diferentes condiciones políticas; b) porque de acuerdo a la teoría infalible de Lenin se tendió a privilegiar una concepción de la política entendida como fuerza, dentro de una lógica de la guerra, y no como un ámbito de negociación; y c) por la fetichización de una teoría vista

^{6bis} Op. cit., p. 9.

como algo fijo y elaborado para siempre, como un conjunto de leyes universales que explicaban desde ya todas las situaciones particulares.

Esta crítica de los intelectuales renovadores se contrapone fuertemente no sólo con la visión que la ortodoxia comunista tiene del proceso de la Unidad Popular, sino con la visión de interpretadores radicalizados para quienes la falla central, precisamente, estuvo en que no se siguieron exactamente los pasos que Lenin siguió en su propia revolución. Así por ejemplo, Smirnov señala que la acción de la Unidad Popular fue ambigua, por cuanto “caracterizaba correctamente la sociedad chilena y los pasos necesarios para desarrollar una política revolucionaria con la Presidencia de la República al servicio de la lucha popular y de una estrategia socialista..., sin embargo, desde los primeros meses, las tendencias reformistas se sometían a un proyecto gradualista”⁷. Dirá que hubo una debilidad de la vanguardia política revolucionaria y un escaso desarrollo de un poder alternativo a la institucionalidad burguesa. Apunta que uno de los principales errores de la Unidad Popular, desde una perspectiva leninista, fue la poca penetración en ella del concepto leninista del poder popular: “El poder popular tuvo en Chile una existencia real y se expresó claramente como la capacidad de accionar sobre la marcha de la sociedad al margen de los mecanismos estatales consagrados por la Constitución. Sin embargo, este poder popular fue insuficiente para convertirse en un poder global alternativo a la institucionalidad burguesa, lo cual se debió fundamentalmente a la resistencia que opuso un sector de la UP y del Gobierno, que tenían ver sobrepasado su esquema táctico en una dinámica incontrolada por ellos”⁸.

Un segundo tipo de cuestionamiento, de orden político, pasa por la crítica a la experiencia de los llamados socialismos reales. Aquí, al parecer, lo que más condenan los neomarxistas no es tanto su carácter antidemocrático en sí, sino más bien el hecho concreto de poner en evidencia el fracaso ya no sólo de la teoría de Lenin, sino varias premisas básicas del marxismo, que goza dentro de la izquierda del privilegio de pretender ser la “verdad absoluta”.

La falla central es la siguiente: según Marx el Estado es un momento

SMIRNOV, Gabriel, *La Revolución desarmada: Chile 1970-1973*, ediciones ERA, México, 1977, p. 231.

⁸ Ibid., p. 247.

en el desarrollo de una contradicción histórica; es un aparato de dominación de clase; su destino es desaparecer en el momento en que esas contradicciones se resuelvan. Cuando los marxistas acceden al poder político deben, en consecuencia, hacer todo lo posible para que el Estado se diluya, como paso necesario para avanzar a la etapa comunista. La experiencia de la Unión Soviética y de todos los socialismos reales demuestran, en forma irrefutable, que lo que ocurre en definitiva es precisamente lo contrario: el poder del Estado se acrecienta enormemente.

Desde luego, es una falla el rechazo del pueblo a las formas en que ese socialismo se expresa a través del Gobierno y del Estado. El caso polaco, por citar el más reciente, es muy revelador: no sólo hay un rechazo al modelo económico, que no es capaz de satisfacer las demandas de los trabajadores, sino que mucho más fuerte que eso, los polacos repudian el propio sistema político que les niega una efectiva participación en la toma de decisiones, en un esquema donde teóricamente ellos, los trabajadores, son gobierno y poder.

En el fondo la crítica parece apuntar, sin embargo, más que abandonar al socialismo marxista, a tratar de readecuar la "teoría infalible" a las nuevas condiciones a fin de que resulte aplicable y no superada.

Esto, por más que en algunas partes surjan decepcionados definitivos como aquel politólogo brasileño Pedro Celso Uchoa, que dice: "Es hora de dejarnos de hacer del socialismo una teleología donde las mayores monstruosidades practicadas en su nombre, se justifican como simples desviaciones que serán corregidas en la marcha demiúrgica de la Historia"⁹.

En el plano teórico la crítica apunta a las insuficiencias que allí existen para responder a nuevos fenómenos sociales, y de paso compromete también esa crítica al marxismo mismo. En efecto, no hay respuesta para fenómenos contemporáneos como la problemática de rebeldía juvenil (el Movimiento de Mayo de 1968 en Francia no pudo ser interpretado por la ortodoxia comunista, combatiéndolo por ello y dividiendo a la izquierda francesa), no tiene explicación sobre los grupos ecologistas, sobre la naturaleza del Estado y la sociedad latinoamericana, sobre la relación izquierda-

⁹ UCHOA, Pedro Celso, "¿Existe una crisis en la Izquierda?", artículo en *Nueva Sociedad* N° 61, julio-agosto 1982, p. 32.

mundo islámico —que es predominantemente teocéntrico—, sobre la realidad política africana donde el elemento diferencial es claramente no económico, sino de orden tribal. No puede entenderse ni desde el leninismo, así como tampoco desde el marxismo, el hecho de que dos países cuyos Gobiernos se declaran adscritos a la misma concepción marxista de la historia y la sociedad se enfrenten o en una suerte de “guerra fría” (Unión Soviética-China) o en un enfrentamiento armado (China-Vietnam). Tampoco el leninismo da cabida a los llamados Movimientos Sociales, que la izquierda latinoamericana privilegia mucho hoy desde una perspectiva renovada.

Al decir de la propia izquierda los movimientos sociales no nacen fundamentalmente por causas económicas, pudiendo ellas ser uno de los motivos. Y como ellos son evidentes en algunas manifestaciones políticas, han debido aclarar su problemática e investigar su desarrollo y posibles efectos. Al hacerlo, casi inevitablemente ha significado tener que echar por la borda parte de la teoría tradicional y elaborar una nueva concepción política que los comprenda. Un movimiento social de izquierda es muy diverso a un partido de cuadros, tipo leninista, que posee la iluminación teórica y la corrección en la estrategia y la táctica.

La línea de la renovación ha tomado como guía a Antonio Gramsci, con lo cual se ve obviamente limitada al momento en que se formula el pensamiento de un político comunista que vivió en otra época, así como no significa la renovación la asimilación del profundo cuestionamiento del pensamiento político occidental. Por decir lo menos es una renovación enclaustrada.

¿Por qué Gramsci? Por ser la mejor fuente inspirativa de una política socialista en un país en que el leninismo probó claramente que no servía.

La novedad en Gramsci es que subraya el rol de cierto consenso político en torno al socialismo más que el rol del enfrentamiento. No lo hace, sin embargo, por consecuencia democrática, sino, justamente para acceder —por otro recorrido— al poder.

La burguesía occidental, usando un lenguaje gramsciano, logra ser no sólo dominación a través del aparato del Estado, sino que constituirse en fuerza hegemónica en el plano político, cultural, intelectual y moral, haciendo prevalecer, por ello, una concepción del mundo conforme a sus

padrones. De allí que no baste el solo acceso al poder político para derrotarla, pero tampoco basta el solo uso de la fuerza, por brutal que sea, para lograr superar esa hegemonía en lo cultural y en lo valórico. Polonia es, en este sentido, todo un ejemplo.

Por esta vía Gramsci amplía, desde luego, el concepto de Estado que uno tiene de la lectura de Marx; dice al efecto: "Estado es todo el complejo de actividades prácticas y teóricas con las cuales la clase dirigente no sólo justifica y mantiene su dominio, sino también logra el consenso activo de los gobernados"¹⁰.

La cuestión no es tanto formar un partido-destacamento para que asuma roles de vanguardia en una revolución que no se siente necesaria, en cuanto se sabe derrotada de antemano, sino que el punto es construir una nueva fuerza hegemónica que asegure el reemplazo definitivo de la anterior una vez que haya internalizado en la sociedad las creencias, valores y aspiraciones que sustentan los socialistas.

Es el concepto de hegemonía la clave para entender a Gramsci y su influencia en los partidos y fuerzas renovadoras. Hegemonía es para él el surgimiento de una nueva escala de valores y la perspectiva de un estilo diferente de vida que comienza por extenderse a la sociedad civil y que se defiende posteriormente de cualquier cambio que para ella signifique involución. La hegemonía del socialismo significa entonces crear una concepción del mundo y de la sociedad que haga sentir el proyecto económico y político que tal doctrina preconiza; se deriva entonces que en un principio —en el de la construcción de la hegemonía—, la relación entre dirigentes políticos y masa es de tipo pedagógico. Aquí reside la importancia que Gramsci da al rol de los intelectuales, tan despreciados, como ya se ha constatado por uno de ellos, en las concepciones obreristas del marxismo.

Para Gramsci los intelectuales no forman una clase, sino que cada clase tiene sus intelectuales. Ellos desempeñan una función central en la organización de un bloque hegemónico, otorgándole homogeneidad en el campo económico, social y político. Dicho de otra forma, los intelectuales emergen como los agentes estructuradores de la ideología de las clases sociales y actúan, en la etapa de construcción de la hegemonía, promoviendo el consenso de las masas en torno a los valores socialistas. La marxista italiana

¹⁰ GRAMSCI, Antonio, *Notas sobre Machiavello*, Torino, Italia, 1966, p. 112.

María Macciochi ha dicho, con fundamento, que "Gramsci es el único marxista que ha tocado a fondo la cuestión de los intelectuales"¹¹.

La construcción de la hegemonía supone a la vez la destrucción del proyecto burgués prevaleciente en la sociedad. Más que enfatizar la ruptura por la fuerza, que puede ser contraproducente en función del fin, lo que debe acentuarse es el agotamiento de la clase gobernante, lo cual ocurre en el momento en que sus contradicciones llegan a tal punto con sus aliados, que se torna incapaz de seguir sumando voluntades a su proyecto. Agudizar ese quiebre interno del bloque burgués es una tarea paralela y de igual importancia que la construcción de la hegemonía socialista. Agotada la clase dominante, dirá Gramsci, la instauración del nuevo bloque hegemónico es un hecho casi natural.

A partir de lo anterior, la concepción de la lucha política cambia. La meta no puede ser concebida como el puro acto de acceder al poder político. Por el contrario, aquí la llegada al poder es un acto casi final de un largo proceso que es preparado en el seno de las masas, donde debe formarse una nueva voluntad colectiva, lo que supone una labor de concientización. Aquí reside el ámbito de la política primariamente. ¿Qué de extraño tiene entonces que se privilegien los movimientos sociales más que el concepto de partido vanguardia-destacamento?

Gramsci no propone para la sociedad occidental asaltos al Palacio de Invierno, porque el Palacio suele tener buenos defensores, y aun conquistado su umbral, como sucede en Chile en 1970, las fuerzas interiores pueden revertir un proceso que se proclamaba como irreversible. Propone en cambio una guerra de posiciones. El aparato estatal, en ella, es la trincherera más avanzada, por lo cual hay que tomar primero las redes de fortalezas que la preceden. "Será preciso, ha dicho un gramsciano, estudiar con profundidad cuáles son los elementos culturales y los aparatos de la sociedad civil que corresponden a la defensa de la clase dominante y disputar allí la hegemonía. La clase obrera deberá entrar en una lucha de largo aliento que dispute el poder en todo el tejido social"¹².

¹¹ MACCHIOCHI, María, *Gramsci y la Revolución de Occidente*, editorial Siglo XXI, México, 1980.

¹² VALDIVIA, Tomás, "Antonio Gramsci y el Marxismo", artículo en *Mensaje* N° 277, enero-febrero de 1979.

El camino de la revolución socialista pasa en Occidente por la creación de una nueva hegemonía. Hay que cambiar la concepción de mundo de la masa, internalizar el marxismo en su estilo y mezclarlo con elementos de la cultura popular. A través de este proceso hay un cambio en la percepción de la política y de la sociedad y la masa deja de ser tal. Esta nueva cultura socialista, que ha partido de lo popular (aquí para hacerla más renovadora aún la llaman proyecto nacional y popular), en cuya creación —en cuanto no es un proceso espontáneo— han influido los intelectuales, va a ser la fundante de un nuevo bloque social y cultural. Es decir, superado el estado de pasividad nace una fuerza hegemónica.

Para lograr un cambio en la concepción de mundo de las clases populares no basta con trasladar en forma mecanicista concepciones políticas de otras épocas y circunstancias, sino tomar elementos provenientes del sujeto popular con el que se trabaja, así como eso exige basarse en la problemática de la época, para ser efectivamente una respuesta a los problemas y luchas sociales presentes.

Esto es lo que algunos llaman el sentido nacional del pensamiento gramsciano, que no es sino la flexibilización del marxismo para adecuarlo, hacerlo operante y asegurar su eficacia en realidades distintas. Con ello, sin embargo, se está muy lejos de propiciar una política nacional.

Otro concepto muy de moda en este proceso renovador es el del bloque histórico o bloque ideológico. Lo examinaremos también a la luz de Gramsci.

El comunista italiano concibió el bloque ideológico como una fuerza social revolucionaria portadora de un mensaje no sólo político, sino que también cultural. Planteó la necesidad de que el bloque ideológico llamado a construir la nueva sociedad fuera hegemónico aun antes de la conquista del poder, lo que ya hemos explicado cuando nos referimos a la formación de la hegemonía socialista. El bloque ideológico tiene una misión fundamental en la construcción de la hegemonía: preparar las condiciones para que ésta se concrete. En efecto, la hegemonía de una clase en ascenso debe hacerse presente ya en las luchas políticas que preceden a los cambios estructurales básicos, de manera que la mayoría de la población esté en condiciones de ser convocada a la adopción no sólo de un nuevo programa de gobierno, sino de los nuevos valores éticos, sociales y culturales que lo

fundamentan. Aquí adquieren importancia las capas medias, no para aislarlas, sino para atraerlas e integrarlas al bloque. Y esto, por cierto, por una razón instrumental, como claramente lo confiesa el socialista chileno Oscar Waiss: "En los países latinoamericanos es ilusorio plantear la hegemonía del proletariado, como función social realizable, de donde se deduce que también es falsa la premisa de conquistar la dirección del movimiento revolucionario para una vanguardia reducida a las fronteras cuantitativas y cualitativas de ese sector. La hegemonía puede recaer en un bloque integrado por los proletarios propiamente tales, los campesinos y las clases medias, que superan hoy el encuadre algo rígido de aquella pequeña burguesía analizada por Engels"¹³.

Demás está decir que la tesis de la constitución del bloque ideológico no se aplica a los socialismos reales. Si por un momento se permitiesen allí elecciones libres, los partidos comunistas quedarían reducidos a márgenes muy minoritarios. El gobierno de Kadar en Hungría, cuyo apoyo fueron 200.000 soldados rusos, en contra de toda la población y la experiencia checoslovaca de Dubcek que, en cuanto pretendió con apoyo popular liberalizar el socialismo, fue destituido por la invasión rusa de 1967, son demostraciones de que allí lo central para el marxismo es defender a cualquier precio posiciones obtenidas. El caso actual de Polonia también es muy revelador.

El término democracia tan recurrido hoy por los renovadores, es entendido por Gramsci de una forma bien singular. No es la simple organización política —pluralista— del Estado. Para él significa "pueblo dirigente". En otras palabras, concibe a la democracia como un punto de llegada, lo que hay antes es un principio democrático que va elevando, a través de los cambios estructurales de la sociedad, a los grupos dirigidos hacia el grupo dirigente, lo que al decir de Waiss "es una manera de referirse a la progresiva madurez de la conciencia de la clase"¹⁴. Por eso es, como lo veremos en nuestro posterior análisis de la práctica renovadora chilena, que se tiende a identificar democracia con socialismo. Antes del advenimiento socialista, para los gramscianos no hay democracia, tan sólo principios democráticos que deben ser usados y ensanchados.

¹³ WAISS, Oscar, "Socialismo y Hegemonía", artículo en *Nueva Sociedad*, N° 62, septiembre-octubre 1982, p. 100.

¹⁴ Op. cit., p. 106.

En suma, si tenemos que caracterizar brevemente los rasgos centrales del pensamiento gramsciano en función de su inspiración en el proceso de renovación socialista, debemos decir que hay cuatro puntos a considerar:

1. Plantea la necesidad, para una fuerza que pretenda fundar una nueva sociedad socialista, de convertirse en hegemónica antes de llegar al poder.

2. Plantea la necesidad, para el proletariado, de vincular a su perspectiva un bloque de fuerzas históricas capaz de expresar la complejidad de la sociedad civil. El proletariado no renuncia a su papel dirigente como se ve. Los bloques históricos a formar no son una reedición de los frentes populares.

3. Plantea la necesidad de atribuir un papel central a la vinculación con los intelectuales, en cuanto éstos forman una nueva cultura, que a su vez es fundamento de la construcción de la hegemonía.

4. Plantea la necesidad de desarrollar en Occidente una lucha política que tenga adecuadamente en cuenta las diferencias entre las formas de la revolución rusa de 1917 y las formas de un proceso revolucionario en los países capitalistas o de tradición democrática. Los mecanicismos conducen a la derrota.

Expuesto en forma sumaria el planteamiento de Gramsci señalemos ahora su profunda vinculación al pensamiento leninista, del cual los renovadores parecen haberlo sacado. Gramsci por sobre todo fue un hombre de acción, un político comunista italiano que en la esfera del pensamiento político se limitó a interpretar el pensamiento leninista sobre los medios para establecer el marxismo, adecuándolo a su realidad nacional que era muy distinta a la rusa de 1917. Habrá que decir que nada hay en Gramsci que permita sostener que él propicia un pluripartidismo; ello más bien corresponde a una interpretación que hoy hacen los renovadores socialistas de lo que el italiano decía sobre el bloque social e ideológico. Por lo demás, la consolidación de la hegemonía socialista supone necesariamente la inexistencia de otras alternativas políticas que atenten contra esa hegemonía. En este punto, ¿qué diferencia hay con Lenin y su dictadura del proletariado?

Recurriendo otra vez a Oscar Waiss digamos que Gramsci tampoco

destierra el concepto de dictadura del proletariado. sólo que le da un significado diverso, posiblemente menos brutal que el verificado en la experiencia rusa. Pero es claro que lograda la consolidación en el poder del bloque hegemónico, éste deberá defender en un primer tiempo sus valores y programas frente a los restos del bloque descompuesto y derrotado. "Para Gramsci, dice Waiss, la dictadura proletaria es el conjunto de funciones de dominación, educación y dirección que ejerce una clase social, dominante por espacio de un período histórico determinado, sobre el conjunto de clases de la sociedad, por encima de los grados de violencia ejercidos y a fin de atraer a la sociedad civil"¹⁵.

La construcción de la hegemonía contribuye a que ese período sea menos duro, ya que se supone que los valores socialistas estarán internalizados en la sociedad civil.

Que se oponga al concepto de partido-destacamento, como hoy se pregona por los renovadores, no quiere decir que Gramsci hubiese abandonado la concepción leninista del partido político, sino que sólo la adecúa a su realidad occidental. Una clase social, dirá, no puede tomar conciencia de ella misma en tanto clase sino a través de una organización. El partido comunista es concebido por él como "un organismo que educa a la masa obrera, busca aliados, contribuye a la formación de la voluntad colectiva nacional y popular y, dentro del proceso de construcción de la hegemonía, accede al poder"¹⁶.

Así, quien aparece como piedra fundante de esta renovación socialista que huye de Lenin, es un muy buen discípulo del dirigente soviético.

Tenemos que en el campo ideológico la revisión y readecuación del pensamiento de izquierda es el regreso a los tiempos primarios del marxismo, aquellos en que Lenin mismo era sospechoso dentro del marxismo por su particular concepción del proceso político ruso.

El rechazo de los renovadores al concepto de partido-destacamento-vanguardia no es original. Desde luego vimos su adecuación a Occidente hecha por Gramsci, pero antes de él, en tiempos de Lenin, la marxista Rosa

¹⁵ Op. cit., p. 98.

¹⁶ Op. cit., p. 108.

Luxemburgo había criticado ácidamente la concepción centralista y vanguardista del partido por no ser libertaria.

La valoración de las clases medias tampoco es un aporte de los renovadores de hoy. Aparte de la valoración que les da Gramsci y que ellos toman como propia, está el pensamiento de Kaustky. De este mismo marxista se puede tomar el uso de los medios pacíficos para acceder al poder, por cierto que en forma irreversible. En 1893 decía "Este método llamado pacífico de la lucha de clases, que se limita al empleo de medios no militares, tales como parlamentarismo, huelgas, manifestaciones, periódicos y otros medios de presión semejantes, tiene tantas más probabilidades de ser conservado en un país en que las instituciones democráticas son más eficaces y la población posee más perspicacia en materia política y más dominio sobre ella misma"¹⁷. Lo que propicia este antiguo marxista es el tránsito al socialismo por la vía de la legalidad, ganando posiciones, sin recurrir a medios violentos en aquellos países en que no se dan las condiciones para promover el enfrentamiento directo de las clases. Kaustky decía que allí era necesario ir a la formación de una mayoría por los cambios socialistas, para que de ese modo la legalidad fuese cambiada en ese sentido.

Viene entonces la pregunta inevitable, que ya nos introduce a la segunda parte de este trabajo, referida a Chile. Si Salvador Allende quería avanzar al socialismo dentro de la legalidad, modificándola en un sentido irreversible, ¿por qué no se fundó teóricamente en Kaustky o en Gramsci, que le habrían servido más que esas lecturas rigurosas de Lenin? ¿Acaso porque los sacerdotes de la ortodoxia, los comunistas, a partir de su leninismo consideran a Kaustky como renegado? ¿Acaso porque las lecturas de Gramsci no eran entonces el hábito de los izquierdistas chilenos que sólo "lo descubrieron" en el exilio? Sin duda hay algo de las dos cosas en la respuesta.

Por lo demás, en esas curiosidades de nuestra política, los únicos que en 1973 rescataban el pensamiento de Gramsci, en un sentido inverso al que hoy se le da por los renovadores, eran los miembros del MIR. En efecto, dicen frente a las elecciones parlamentarias de ese año: "Hoy es preciso recordar el pensamiento de un destacado comunista italiano Anto-

¹⁷ KAUSTKY, *Los caminos del Poder*, editorial Grijalbo, 1978, p. 60.

nio Gramsci, que señaló “La Revolución comunista no puede ser realizada más que por las propias masas, no por un secretario de partido o por un presidente de la República a fuerza de decretos”. En la actividad independiente y autónoma de las masas reside todo el secreto de la revolución proletaria”¹⁸.

Con todo, más allá del problema de las vías que se eligen para construir una sociedad socialista, más allá de los autores que se tomen como inspiradores, lo central, lo que queda en pie, es que el socialismo planteado por el marxismo es considerado como irreversible, radicando allí su vocación totalitaria. Nosotros mismos, si algo tenemos en claro, es que la experiencia de Allende, presentada por muchos como la prefiguración de la renovación socialista —incomprendida por sus seguidores radicales— es traumáticamente rupturista del esquema democrático y de la convivencia pacífica. Tras ese acatamiento formal y feble a la legalidad vigente, que burlaba de mil maneras, estuvo presente el ir logrando por todos los medios la destrucción de la democracia, del pluralismo, para fundar luego la sociedad socialista. Fue esa tentación totalitaria, resistida por la inmensa mayoría del pueblo chileno, la que en definitiva llevó a la clausura de una larga etapa de nuestra historia política que ya había hecho crisis.

También fue ese camino y su final, como se verá en la segunda parte, lo que llevará a los socialistas renovadores a plantearse nuevas estrategias para conseguir el mismo fin. En la búsqueda y elaboración de ese camino, por cierto, han debido ir, en la superficie, quemando más de algún ídolo de su pasado político y han debido soportar la crítica persistente de la ortodoxia comunista.

En definitiva los marcos doctrinales e ideológicos, dentro de los que se desarrolla la renovación del pensamiento socialista, son los que proporciona el marxismo. Cualquiera sea el autor, ortodoxo o crítico, clásico o nuevo, que inspire la renovación, el punto central será la interpretación marxista de la historia, de la sociedad y de la política. La renovación no va más allá del marxismo, que es una frontera insuperable. Todas las acomodaciones se dan dentro de sus límites.

¹⁸ Documento “El MIR responde al Partido Comunista”, febrero de 1973, reproducido en extenso en *Punto Final* N° 178 del 27 de febrero de 1973. La cita corresponde a la p. 8 de la separata.

Entonces hay que formular una conclusión global en este plano. Los comunistas —de quienes los renovadores pretenden alejarse— no son totalitarios por ser moscovitas, sino que por ser marxistas. Luego, cualquier renovación dentro de la izquierda, que se mantenga dentro de los padrones marxistas, tendrá inevitablemente el sello totalitario.

Lo que también equivale a decir que la renovación es tan sólo un mito más.

II. LA RENOVACION COMO PROCESO POLITICO

En nuestro país el proceso renovador parte, en el campo socialista, de los grupos intelectuales que habían militado en los partidos menores de la Unidad Popular.

Los factores que ayudan al proceso son los siguientes: una valoración crítica de la Unidad Popular, una valoración del rol que juega la izquierda —siendo en esta parte receptivos de las evoluciones que ha tenido en Europa—, la crisis del partido socialista y el aporte concreto de los intelectuales gramscianos.

Analizaremos brevemente cada uno de estos factores.

Luego de la primera literatura que sobre la Unidad Popular y su período produjo la izquierda, se empezó a realizar un examen más serio sobre lo global de esa experiencia y sobre las estrategias aplicadas. La valoración del período de la Unidad Popular va a mostrar grietas en la izquierda. Está, de un lado, el partido comunista que cree que se hizo lo correcto y que fueron fuerzas exógenas al gobierno las que provocaron su caída. Está la crítica de la llamada izquierda revolucionaria, que apunta básicamente a que fue una experiencia demasiado respetuosa del marco legal que debía destruir y, en general, de no saber aplicar correctamente las pautas leninistas para asaltar el poder. Una tercera fuente de críticas provienen de sectores intelectuales, germen del proceso renovador, que señalan que el fracaso de la experiencia de la Unidad Popular se debió a la aplicación de criterios mecanicistas que no permitieron entender en su realidad el proceso político que se vivió. A partir de la última interpretación se irá desarrollando un polo renovador que replantea posiciones y que, en definitiva, va a desembocar en la elaboración ideológica de la llamada Convergencia Socialista.

En función de nuestro trabajo veremos en detalle la crítica del sector renovador.

Tomás Moulián señala que algunos temas de la izquierda allendista eran la denuncia de las libertades políticas, la crítica de la democracia como "corset que aprisionaba la iniciativa de las masas y su develamiento como sistema perfeccionado de dominación lo cual revela un claro caso de simplificación y maniqueísmo. "El análisis simplificado del Estado y de la sociedad impidió comprender la dinámica de la política y de los procesos de acumulación de fuerzas —dirá en un trabajo crítico no sólo el leninismo sino también el marxismo— toda vez que el movimiento opositor no se vivía como defensa del capitalismo sino como preservación de la democracia"¹⁹.

Volveremos sobre la postura de los intelectuales, entrando ahora al tema de la crisis de la izquierda. Era un hecho imposible de negar que la Unidad Popular se encontraba a septiembre de 1973 no sólo dividida sino que virtualmente paralizada. Pero después del 11 de septiembre protagonizó una suerte de resurrección formal. En exilio la colaboración de fuerzas de izquierda foráneas contribuirían a eso. Paradojalmente la derrota contribuyó en un momento inicial a esta resurrección, donde se acentuaron los rasgos solidarios por sobre las divisiones internas. Pensamos, sin embargo, que ello fue sobrevivencia y en caso alguno refundación.

En efecto, la reestructuración de los aparatos partidarios, la nueva realidad que iba emergiendo en la sociedad chilena, los cambios en el pensamiento de la izquierda occidental, además de las distintas valoraciones internas del período de Allende, fueron contribuyendo a profundizar la crisis de la izquierda, en la cual la Unidad Popular fue cada vez más un referente unitario externo que una alianza dinámica. En los hechos cada partido fue recuperando su libertad de acción. Sólo los comunistas y las tendencias más cercanas a ellos insistieron hasta donde les fue posible en la supervivencia de la Unidad Popular.

Desde dentro de la coalición surgieron críticas duras, que es interesan-

¹⁹ MOULIÁN, Tomás, "Crítica a la crítica marxista de las democracias burguesas", trabajo reproducido en *América Latina 80: Democracia y Movimiento Popular*, DESCO, Perú, 1981, p. 45.

te conocer hoy, cuando se insinúa, como tantas veces en la historia de la izquierda chilena, la realización de procesos unitarios.

Jorge Arrate, dirigente del partido socialista señala que el proyecto político de la Unidad Popular carece de vigencia. "Hoy las condiciones son diversas y la izquierda requiere de un nuevo proyecto que se caracterice por la comprensión del significado de nuestra experiencia y las razones de nuestra derrota. No basta con retocar el antiguo programa"²⁰.

En 1979, tres partidos integrantes de la coalición, en declaración conjunta señalaron que la izquierda para subsistir debe renovarse en su línea, en su conducción y en sus métodos de trabajo, puesto que la Unidad Popular demuestra "falta de iniciativa, carencia programática y ausencia de una discusión profunda en su seno".

El propio Carlos Altamirano situándose en la perspectiva renovadora, formula críticas a la Unidad Popular que, a simple lectura, resultan sorprendentes. Para él fue ella un producto de una realidad histórica dentro de la cual le correspondió nacer y desarrollarse. "Hoy sin embargo, no tiene vigencia. No ha sabido adecuarse a los desafíos y requerimientos planteados por la nueva situación del país. No ha logrado diseñar un proyecto propio, ajustado a la realidad actual ni ha redefinido sus normas de relación interna ni con las distintas organizaciones que la base social se ha dado"²¹.

Queda claro, desde luego, que la crisis de la izquierda no es de responsabilidad de quienes, en defensa de los principios democráticos de una sociedad libre, la marginaron del quehacer político, sino que obedece a cuestiones internas, donde se enfrentan distintas concepciones estratégicas y distintos enfoques tácticos en función de un objetivo que sí es común: la implantación de la sociedad socialista, cosa que no debemos perder de vista en el análisis del proceso renovador, en cuanto ello nos permite establecer el nivel, el alcance y las limitaciones de la renovación misma.

Un tercer factor en el proceso es la crisis del partido socialista en

²⁰ ARRATE, Jorge, Entrevista concedida a *Chile-América* N° 54-55, junio-julio de 1979, sobre "La Crisis del Socialismo Chileno".

²¹ ALTAMIRANO ORREGO, Carlos, "Ocho tesis sobre una estrategia socialista para Chile", París 1980, Mimeo.

particular. No quiere decir que en el período de Allende el partido estuviese unido, más bien había dos tendencias: una partidaria de hacer más lento el recorrido hacia el socialismo a fin de ir consolidando posiciones, y otra que, propiciando la tesis del poder dual y de la vía insurreccional, quería implantar por la fuerza y rápidamente el socialismo. En 1979 la cuestión de la división fue algo múltiple: desde luego rivalidades de caudillos, ante una conducción política de Altamirano ya demasiado prolongada; divergencias tácticas; acumulación de deserciones grupales (Aniceto Rodríguez y su grupo se sentían marginados del partido desde 1974 y en 1977 se separa Pedro Vuskovic que forma la Coordinadora Nacional de Rionales) y por cierto la caracterización del partido en función de la política de alianzas a implementar. En 1979 Altamirano es desplazado de la Secretaría General, puesto que pasa a ocupar Clodomiro Almeyda, fiel aliado del partido comunista. Los seguidores de Altamirano forman tienda aparte.

No es el propósito de este trabajo referirnos al partido socialista y a su trayectoria. Sólo digamos, como complemento, que como partido de izquierda se ha caracterizado por ser el receptáculo de cuanta variación en el marxismo internacional ha ocurrido, a diferencia de la obediencia ciega del partido comunista respecto de la Unión Soviética. El partido socialista fue en su época, trostkista; después titoísta cuando Tito rompe con Moscú sin abandonar el marxismo; en la década del 60 recibe el impacto de la revolución cubana; durante el gobierno de Allende sus principales dirigentes se inspiraban en las posiciones de Debray. Ahora, al parecer, dentro de un fuerte sector socialista, la moda es Gramsci. Ateniéndonos a su trayectoria, no pecaríamos de livianos si afirmamos que no se podría saber si esta inspiración —muy acorde con las premisas renovadoras— va a ser permanente o no.

El socialismo muestra, en el plano del debate ideológico, varias posiciones sobre su caracterización: Clodomiro Almeyda lo define como partido Marxista-Leninista, partidario de la vía insurreccional y defensor claro de la dictadura del proletariado. Raúl Ampuero, la más destacada figura del proceso renovador dentro del socialismo, en cambio se muestra contrario a la denominación leninista por ser una versión dogmática y justificatoria de todas las aberraciones e insuficiencias del socialismo real. Tampoco le agrada la concepción de dictadura del proletariado en cuanto sugiere la arbitrariedad en el ejercicio del poder.

En este terreno el caso más curioso es sin duda el ex senador Aniceto Rodríguez. No acepta el apellido leninista, por cuanto ello es pretender liquidar la democracia interna. Rechaza el concepto de dictadura del proletariado, al cual antepone el de República Democrática de Trabajadores, donde a su juicio es posible compatibilizar democracia con socialismo. Sin embargo, es bueno recordar algunos acuerdos del Congreso Socialista de Chillán, de noviembre de 1967, cuando el partido tenía por máxima autoridad al senador Rodríguez. Allí por unanimidad se aprobó un voto político, que entre otras cosas decía: "El partido socialista, como organización marxista-leninista, plantea la toma del poder como objetivo estratégico a cumplir por esta generación, para instaurar un Estado revolucionario... La violencia revolucionaria es inevitable y legítima; resulta necesariamente del carácter armado y represivo del Estado de clase y constituye la única vía que conduce a la toma de poder político y económico y a su ulterior defensa y fortalecimiento. Las formas pacíficas o legales de lucha, no conducen por sí mismas al poder"²².

Tales acuerdos, obviamente, penan al ex senador Rodríguez y a todos los socialistas que aparecen hoy rechazando la vía armada y que se esfuerzan en declarar en favor del pluralismo político. No ha habido explicación de los cambios mencionados—lo que podría entenderse—, y, a falta de ella, no es ilícito pensar que en todo esto hay una buena dosis de oportunismo político.

Es una constante en muchos socialistas renovadores la afirmación de que ellos no postulan para Chile la dictadura del proletariado, sino que propician una República Democrática de Trabajadores, donde supuestamente una mayoría política socialista encabeza el proceso con existencia de una minoría opositora. Pero para aclarar definitivamente este último concepto, así como para dejar resuelta la diferencia que hay entre dictadura del proletariado y República Democrática de Trabajadores, es importante citar a Oscar Waiss, socialista renovador, en un artículo reciente: "cuando los socialistas hablamos de "República Democrática de Trabajadores" no ignoramos que ella deberá reprimir los intentos de involución propiciados

²² Los acuerdos del XXII Congreso del Partido Socialista, celebrado en Chillán, en noviembre de 1967 aparecen en JOBET, Julio César, *El Partido Socialista de Chile*. Tomo II, Editorial PLA, Stgo, 1971, p. 130.

por los grupos privilegiados, pero evitamos proponer una "dictadura" en cuanto al enunciarla estaríamos provocando reacciones negativas y creando anticuerpos propagandísticos en el propio bloque sustitutivo que pretendemos formar"²³.

De la propia lectura de las afirmaciones socialistas brota fácil la refutación al sello democrático del proceso renovador emprendido, o por lo menos surgen dudas razonables sobre su sinceridad.

Un último factor a considerar en la gestación del proceso renovador, y que hemos señalado en párrafos anteriores, es la crítica que los intelectuales de izquierda hacen al proceso U.P. y a la globalidad de la izquierda en general. Criticando cuestiones estratégicas, los intelectuales llegan a puntos doctrinales, por lo que su postulación renovadora, aparece claramente como sincera, aun cuando ello no sea seguido en eso, por las bases políticas y por la dirigencia orgánica de la izquierda.

Ha sido una crítica y una reelaboración del pensamiento de izquierda —que proponen— efectuadas con rigor académico, con profundidad y con sacrificios, en cuanto su formulación importaba herir sentimientos y viejas lealtades. En la sinceridad de sus planteamientos reside el factor de credibilidad que tiene este proceso, situación que se torna confusa, por decir lo menos, cuando se tiene una afirmación de un dirigente político involucrado en este mismo proceso.

Moulián señala que "el intento de reconciliar democracia con socialismo nos parece una operación indispensable para pensar en la política propiamente tal... para reflexionar sobre el proyecto de una izquierda que vive este período histórico no como una simple repetición del pasado". La conciliación propuesta por Moulián se encuentra en lo que él llama "proyecto nacional popular", inspirado en Gramsci, que se caracteriza por los siguientes aspectos²⁴:

1. La política pensada como constitución de voluntad colectiva, como búsqueda racional del consenso y no como el aprovechamiento de coyunturas en función de una movilización manipulada de masas disponibles.

²³ WAISS BAND, Oscar, op. cit., p. 100.

²⁴ MOULIÁN, Tomás, "Democracia, Socialismo y Proyecto Nacional Popular", en obra colectiva *Futura Institucionalidad de la Paz en Chile*, Cisc, 1977, p. 32.

2. La política es pensada en cada uno de sus momentos en la perspectiva utópica, como realización de grados cada vez mayores de democracia.

3. El consenso obtenido determina en cada momento los límites del programa de cambios. No se trata de un simple acuerdo de intereses sino de un pacto social en función del cambio concertado.

4. La dirección del cambio deberá ser la instalación de la democracia o su perfeccionamiento, porque es a partir de ella que el tema del socialismo se plantea.

5. Es un proyecto unificador y de clases a la vez. Unificador porque intenta canalizar todas las energías posibles en la dirección de un programa democrático, por intentar construir consensos que es siempre la elaboración de un compromiso racional entre fuerzas que no pueden conseguirlo todo para sí. Es de clases, a la vez, porque desde el punto de vista de los sectores populares la lucha por una mayor libertad en el terreno político es siempre un combate por establecer un ámbito de igualdad.

Un proyecto democrático, donde no se precisa qué se entiende por democracia en un mundo político donde cada actor se siente llamado a definirla a su manera y de acuerdo a sus intereses. El consenso democrático de Moulián no será tal, de seguro, para otros sectores que no aceptan el principio de la lucha de clases. El tema de los cambios, es otra cosa que queda en la ambigüedad conceptual: ¿se marchará hacia allá, por esta vía de consensos graduales, en forma irreversible, o admitirá el proceso que los cambios que se hagan en la sociedad política no sean en función del socialismo? Para tener la respuesta a nuestras inquietudes, podríamos simplemente remitirnos a Gramsci, y concluiríamos que sólo se trata de asumir un lento camino para un fin que es el socialismo como modelo irreversible. Pero, lo más conveniente sería el tener una aclaración de estos vacíos por los propios protagonistas de la renovación.

Otro intelectual comprometido en la renovación es Manuel Antonio Garretón. Apunta su crítica a cuestiones orgánicas y a aspectos teórico-ideológicos. Parte señalando que en 1973 no sólo termina un gobierno, finaliza un proceso, sino que mueren un lenguaje, un estilo, concepciones que pertenecían a otras épocas. En lo orgánico dice que la izquierda debe readecuarse a la nueva realidad que ha emergido dejando de lado viejos simbolismos; debe replantearse la concepción de partido, donde el concep-

to de partido-destacamento debe ceder paso a partidos que sean capaces de recoger la extrema diversidad del sujeto popular que intentan representar, asegurando de otro lado una efectiva democracia interna que permita una "renovación en las élites dejando de lado fórmulas viejas de manual, bajo cuyo nombre se esconden en definitiva o formas autoritarias o transacciones que manipulan clientelas"²⁵. También en este aspecto, asegura, deben redefinirse las relaciones partido-sociedad civil.

En lo ideológico su crítica es fuerte. Dice que hubo "un excesivo tributo a cuerpos teóricos desarrollados en otros contextos, la rigidez y el sectarismo del análisis, el dogmatismo que podía lindar en el fanatismo, y la ausencia de una comprensión de una sociedad histórica concreta". Propone una vía de solución: "Es evidente que la izquierda se inspira siempre en el pensamiento socialista, pero no hay ningún modelo previo al que ella deba identificarse. El socialismo puede ser presentado como la imposición de una concepción cerrada o una ley estructural con la que la vanguardia lúcida guía a un pueblo independientemente de sus necesidades, valores y percepciones. Más que un slogan se trata de ofrecer la visión de una sociedad históricamente posible, que resuelva los problemas reales y donde se avance en la eliminación de las injusticias y en el desarrollo de las libertades, igualdades y formas de participación social. Ello obliga a la reconstrucción del diagnóstico que la izquierda tiene en la sociedad chilena, en el que se abandone definitivamente la visión determinista de clases"²⁶.

En lo relativo a la democracia, Garretón también es categórico en su crítica a la izquierda tradicional: señala que cuando el régimen democrático era un dato de la realidad, era fácil encontrar en las posturas de izquierda críticas a la democracia, acusándola de insuficiente, formal y burguesa. Su superación estaba en el socialismo. "Hoy la aceptación de la democracia como régimen político implica un ajuste de cuentas teórico, más allá de una declaración discursiva, lo que obliga a renunciamentos...

²⁵ GARRETÓN MERINO, Manuel A., "Vigencia. Crisis y Renovación de los partidos de Izquierda", en *Chile-América* N^o 64-65, junio-septiembre 1980, p. 109. Este artículo también fue publicado en Chile, en Revista *Análisis* N^o 28, de noviembre de 1980, p. 38 y 39, bajo el título: "Partidos de Izquierda: Hacia la renovación necesaria".

²⁶ *Ibid.*

Afirmar que la democracia política es uno de los fines del socialismo, implica compromisos más radicales que afirmarla sólo como un medio que puede ser abandonado si hay otros más eficaces²⁷.

Eugenio Tironi, otro intelectual del proceso renovador, parte en su crítica mostrando la insuficiencia de las antiguas inspiraciones doctrinales de la izquierda: "los recursos a los clásicos resultan por lo menos sospechosos; en su nombre se han cometido demasiados desmanes". Luego mira el pasado de su sector en nuestro país: "El resultado no es mejor si recurrimos como punto de partida a nuestra propia historia, la que desembocó en un fracaso gigantesco"²⁸. Como conclusión plantea la necesidad de elaborar un cuerpo teórico nuevo para este actor que quiere participar en la convivencia democrática. El deber de los renovadores es a juicio de este autor "idear colectivamente un nuevo destino para Chile, más que evocar modelos establecidos. Apuntar a trascender el cuadro partidario heredado del escenario político anterior, más que a preservarlo con obstinación. Los cambios ocurridos en el país obligan a revisar las estructuras partidarias existentes, que se configuraron frente a realidades y desafíos que fueron superados en su forma original. Es natural que cunda la pregunta sobre la vigencia de cada partido frente a las tareas de reinterpretar críticamente el pasado, elaborar un nuevo pensamiento político y un nuevo proyecto para el país, así como renovar las formas de acción política"²⁹.

Digamos al pasar que lo que subyace en la crítica de Tironi es el concepto de crisis de representación respecto de los partidos, el cual no es original, sino que está tomado de Gramsci (el gran maestro de la renovación), que entiende ese fenómeno como la separación de los grupos sociales de los partidos políticos, donde las adhesiones orgánicas dejan de funcionar.

En suma, el factor de la crítica de los intelectuales de izquierda, es el más vinculado al desarrollo de la renovación en cuanto a su formulación, pero, en definitiva van a ser los dirigentes políticos quienes van a permitir

²⁷ Ibid.

²⁸ TIRONI, Eugenio, "Inventario sobre la crisis de la Izquierda" en Revista *Análisis* N° 31, febrero de 1981, p. 33 y sgtes. Este trabajo también es publicado en *Chile-América* N°s 68-69, enero-marzo 1981, p. 27 y ss.

²⁹ Ibid.

apreciar la correspondencia entre lo renovador y lo tradicional en el esquema concreto de la acción.

1. EL INTENTO DE FORMULAR UNA PLATAFORMA POLITICA RENOVADA

Todos los factores enunciados en el punto anterior fueron derivando hacia una remodelación en lo específico de nuestra izquierda chilena: de un lado, algunos partidos de izquierda proscritos se suman al proceso como quien cruza una puerta que le permite cambiar una situación por otra, y de otro, que es donde se ven con nitidez los postulados renovadores, un Grupo que no definiéndose como partido, se estructura para emprender la labor de ir internalizando las nuevas proposiciones en el campo de la izquierda nacional mediante una convergencia en torno a ella de elementos provenientes de los partidos o desde fuera de ellos.

El Grupo surge en función de la superación de la crisis de la izquierda, lo que se logra mediante la remodelación de sus espectros organizacionales, aclarando que ello no puede ser logrado por simples fusiones o federaciones, ya que hay que considerar que una de las causas de la crisis es el divorcio entre las nuevas realidades sociales y los planteamientos tradicionales del socialismo "construidos en —y para— un estadio superado de la historia nacional"³⁰.

Se señala como uno de sus deberes centrales el propender a la renovación del marxismo en Chile. Al formularse esta exigencia se está definiendo claramente como marxista, con todas las características no dogmáticas ni ortodoxas que se quieran apuntar, diciendo así que este proceso, con todo lo renovador que para la izquierda pueda resultar, no va a tener como culminación la emergencia de una izquierda no marxista, es decir democrática.

La hegemonía del marxismo en la izquierda chilena ha sido tradicional; luego, el que el proceso renovador reafirme, con las variaciones que se quieran anotar, el carácter marxista del mismo, cierra obviamente las posibilidades de convertirse en una real y significativa renovación.

³⁰ CONVERGENCIA SOCIALISTA, *Fundamento de una Propuesta*, publicado por el Grupo de la Convergencia Socialista, bajo el título *Documentos Básicos*, mayo de 1981, p. 6. Cabe hacer notar que el documento *Fundamentos de una Propuesta* data de agosto de 1981.

Sobre el marxismo el Grupo dice que: "un factor fundamental para la renovación del socialismo chileno es la adopción de un marxismo crítico, en permanente búsqueda y creación, abierto al porvenir de otras vertientes teóricas y culturales, contrario a toda manipulación dogmática y a todo congelamiento de su esencial contenido revolucionario. Este marxismo es consustancial a la corriente socialista chilena, por lo que su abandono o fosilización contraría su identidad histórica"³¹.

El Grupo, poniendo énfasis en lo nacional, señala que una de sus fuentes de inspiración son las grandes constantes históricas del socialismo chileno, las que debe recoger y actualizar. En el documento que estamos citando son enumeradas y explicadas, de allí podemos derivar que son la de tener un pensamiento marxista crítico, el tener una idea democrática, pluralista y humanista del socialismo; una concepción no burocrática del partido, un proyecto político nacional y popular, etc. Frente a esto tenemos algo que decir, para ser fieles a la verdad histórica.

Es cierto que en el espectro político de la izquierda el socialismo no adhiere como partido a internacionales, ni sigue las líneas dogmáticas del marxismo. Es cierto que a lo largo de su historia, y por lo mismo, dio cabida y expresión a diversas vertientes del marxismo. Es cierto que su crítica a las experiencias socialistas reales se dieron, a diferencia de la conducta comunista, habiendo emitido declaraciones condenatorias a las invasiones por parte de Unión Soviética a Hungría en 1956, a Checoslovaquia en 1967 y Afganistán en 1978. Pero eso es más bien un elemento diferencial, a nivel de la práctica política respecto del partido comunista y no actos de fe democráticos. Para decirlo más directamente, no compartimos la afirmación de que el socialismo chileno haya sostenido y defendido una idea democrática, pluralista y humanista.

Así por ejemplo, la declaración política del Congreso de Chillán de 1967 no se compadece con un sentido pluralista y democrático de la política, pues es claro que el marxismo-leninismo rechaza el pluralismo, no acepta posiciones que le sean contrarias, menos aún proyectos alternativos de sociedad. No nos parece tampoco, como expresión de democracia y de pluralismo su experiencia política entre 1970 y 1973. Allí se repetía la consigna "Avanzar sin transar" con lo cual se negaba la esencia de la

³¹ Op. cit., p. 7.

política: la capacidad de negociar, indicando que lo que se estaba postulando era la irreversibilidad del proceso político iniciado con la elección de Salvador Allende por el Congreso Nacional. Al sostener la irreversibilidad del proceso se estaba negando la posibilidad de la alternancia en el poder frente a grupos políticos con proyectos disímiles al propio, y eso claramente no es ni pluralista ni democrático. La democracia misma era mirada como un estorbo burgués que había que superar.

Desde otro ángulo, también contradice aquel señalado pluralismo, su posición del Frente de Trabajadores, línea adoptada en el Congreso de 1957 y mantenida desde entonces. Su política de alianzas está inspirada en ese principio estratégico: está limitada, en el mismo sentido y no en el táctico, por dos cuestiones: la profesión del marxismo y el carácter proletario del partido. La posición del Frente de Trabajadores es una línea clasista, por lo cual se desprende que el socialismo chileno desde 1957 no ofrece un pluralismo social. Su proyecto político podía ser popular, pero en caso alguno nacional, pues lo limitaba su sentido de clase.

Siguiendo con las afirmaciones de los renovadores, agreguemos que precisan que en la sociedad chilena se han operado profundas transformaciones configurando un nuevo escenario económico y social, lo que a su vez determina nuevos senderos para el quehacer político, donde los partidos políticos de izquierda deben abandonar el concepto de partido-vanguardia y asumir un nuevo rol que considere al movimiento social como integrante de esa nueva realidad política y no como subordinado suyo. Es claro aquí que hay un planteamiento novedoso, y que, de paso, destruye la concepción leninista sobre lo que debe ser un partido de izquierda.

Afirman que su concepción de socialismo "no es sólo la socialización de la economía, sino que antes que nada es un programa de socialización del poder en todos los niveles. Para lograr que la economía social sea dirigida por los trabajadores, es preciso antes que nada que la sociedad pueda dirigirse a sí misma, sin que su capacidad para hacerla esté entrabada por una fuerza externa"³². Sobre la democracia expresan que han revalorado su concepto y la perciben determinante en su perfil político. Sobre el humanismo enfatizan sus puntos de encuentro con los cristianos

³² Op. cit., p. 18.

situados en la izquierda, de los cuales toman esa concepción "el socialismo que hemos de construir será humanista y solidario, o no será auténticamente popular y nacional"³³.

Plantean con claridad la idea de la autonomía de los movimientos sociales, respecto de los cuales los partidos pueden ejercer con legitimidad su deseo de influir en un plano propositivo, pero respetando celosamente su autonomía. "Sólo un movimiento social autónomo es garantía estable contra las deformaciones burocráticas del socialismo y la involución del proceso de democratización"³⁴. Dentro de este enfoque no tendrían cabida, por ejemplo, políticas sustentadas antes en que las federaciones de sindicatos eran el brazo laboral del partido (relación partido comunista-CUT).

Plantean, al estilo gramsciano, su propuesta como un proyecto de carácter integrador y no exclusivo del proletariado. La integración está dada por los fines últimos: construir la sociedad socialista, en torno a lo cual pueden converger personas de las más variadas clasificaciones sociales, de distintas opciones religiosas y de diferentes tendencias políticas.

Por cierto que se ocupan de aclarar lo relativo a los fines últimos: "la necesidad de desterrar el capitalismo de nuestra Patria y de reemplazarlo por un modo socialista de producción y de vida, y ello sólo podrá lograrse a través de un Estado que se organice a partir de los intereses de los trabajadores y del pueblo y no de los intereses de la burguesía... consecuentemente se debe avanzar hacia el consenso popular y la adhesión de todos los explotados para avanzar decididamente hacia el socialismo"³⁵.

En esta parte no cabe duda alguna que, cualquiera sea la variante introducida en el juego político inmediato, se afirma la tesis ya conocida de la marcha ininterrumpida hacia el socialismo, desde donde no se regresa, por cuanto allí está el "reencuentro del hombre con su esencia", al decir del Marx. No podría decirse entonces que el riesgo del totalitarismo haya desaparecido por este proceso renovador, por el contrario, puede que sea mayor, ya que su lenguaje, aparentemente conciliador, puede llevar a equívocos si no se analizan a fondo las premisas propuestas por este sector.

³³ Op. cit., p. 19.

³⁴ Op. cit., p. 19.

³⁵ Op. cit., p. 22.

Sobre el comunismo su posición es la siguiente: "con el partido comunista sólo tenemos discrepancias prácticas y estratégicas... Pero antepone-mos por sobre todas las cosas, y lo mismo se exige al partido comunista, la unidad de la clase para enfrentar el poder de la burguesía"³⁶.

Desde luego si las divergencias con el partido comunista se sitúan sólo en el plano de la estrategia y de la práctica, es deducible que en el nivel doctrinal hay perfecta concordancia. Esto, sin duda, es contradictorio no sólo con las categóricas afirmaciones de los intelectuales renovadores que hemos citado, sino que con partes del propio discurso del grupo orgánico que impulsa la renovación socialista, donde se aprecia una distinta visión de la democracia, del pluralismo, del rol del partido y de la función de los movimientos sociales, etc.

En 1981 otro documento de los renovadores orgánicos nos entrega más precisiones sobre lo que es el proceso.

Sobre el tema de la democracia apuntan: "Sólo una organización socialista, efectivamente participativa de la vida social, puede garantizar la estabilidad de la democracia como régimen político. Sólo a través de métodos democráticos puede construirse el socialismo que postulamos"³⁷. Sin duda es un avance considerable respecto a la visión que había en la izquierda sobre la democracia en 1973, pero cabe preguntarse ¿sólo en el socialismo es realizable el socialismo, al punto de identificarse?

Luego declara su inserción en la renovación del pensamiento socialista universal, particularmente en Occidente. "Somos parte del proceso de renovación del socialismo que recorre el mundo entero, que denuncia y busca superar sus modalidades burocráticas y centralistas, así como su alineamiento geopolítico en torno a un centro hegemónico"³⁸. En este punto al parecer se quiso, sin mayor fundamento, inscribir el proceso renovador del socialismo chileno dentro de las experiencias socialistas europeas, tales como la de Francia, Grecia y España —que están en el poder— y Portugal. Lo diferencial está en que tales partidos socialistas no se inscriben en una perspectiva marxista de la sociedad y de la política.

³⁶ Op. cit., p. 22.

³⁷ CONVERGENCIA SOCIALISTA, *Un Horizonte Democrático para Chile*, agosto de 1981, publicado en Set citado, p. 26 y ss.

³⁸ Ibid.

En 1982 este grupo orgánico renovador se ve forzado a indicar su naturaleza, pues, había despertado recelo en los partidos tradicionales de la izquierda. "Nos definimos como un espacio público de encuentro, debate y creación que tiene por objetivo estimular la renovación socialista en los distintos ámbitos de la sociedad. No somos ni pretendemos ser hoy un partido político, una combinación de partidos ni un grupo de poder. Somos esencialmente un grupo generador de ideas y de opinión sobre el socialismo y las alternativas nacionales. Nuestro campo de acción, es pues, el teórico-ideológico, desde donde perseguimos reflexionar sobre los problemas del socialismo contemporáneo a partir de una experiencia nacional y apuntando al diseño de alternativas a los problemas actuales y futuros del país"³⁹.

Con todas las limitaciones y críticas que le hemos formulado a este proceso hay que reconocer que logra, en un momento dado, convertirse en un polo dentro de la izquierda chilena.

Efectivamente, siguiendo de cerca a un autor de izquierda⁴⁰, señalemos que este sector político se encuentra dividido más allá de configuraciones partidistas, con la excepción del comunismo en dos polos: el tradicionalista y el renovador. Caractericemos a cada cual.

El polo tradicional se caracteriza por: tener una visión encerrada en el pasado, donde el presente es un paréntesis negativo y el futuro es sólo la recuperación de una tendencia interrumpida momentáneamente. Para él la sociedad chilena no ha variado. Tiene, además, una visión de sociedad de dominación donde hay una clase ya determinada, portadora de una misión histórica de transformación global (el proletariado), constituyéndose en una clase privilegiada que a su vez conforma una vanguardia que encabezará el "proceso de liberación". Consecuente con lo último, se concibe al partido como el núcleo más consciente que expresa inequívocamente los intereses de esa clase. La acción política consiste en la directa proyección de ese partido al resto de la sociedad.

³⁹ "Por la Convergencia Socialista", Manifiesto convocatorio de un grupo de personalidades de izquierda. Milán julio de 1982. Mimeo. También fue publicado en *Chile-América* N° 80-81, julio-septiembre de 1982, p. 77.

⁴⁰ GARRETÓN M., Manuel A., *Transformación Social y Refundación política en el capitalismo Autoritario*, FLACSO, 1981 (documento de trabajo).

El polo renovador se caracteriza por: enfatizar el entendimiento por parte de la izquierda de la creación de un nuevo orden social, donde coexisten estructuras y actores del pasado, y nuevos actores sociales y políticos; donde las luchas no se dan en términos de antiguos principios y viejas conquistas, sino de los nuevos fenómenos que la sociedad muestra. La reorganización de las relaciones entre lo político y el movimiento social constituye un núcleo básico de su acción política. Tiene una concepción de la política con menos certezas, pues concibe un sujeto popular por constituirse —y no dado— en un largo proceso, sujeto que no se identifica con determinada clase que tiene un rol ya fijado en la historia. Por tanto no acepta la existencia de una teoría del partido que define todas las relaciones, y lo sitúa en cambio en una función instrumental.

En julio de 1982 numerosos políticos de izquierda, todos ellos protagonistas visibles de la experiencia de Salvador Allende, adhieren públicamente al proceso renovador, en la seguridad de que éste será la ruta de su reinsertión en el campo político nacional, para lo cual cualquier instrumento pudiese ser útil. Los firmantes comparten “la necesidad de reconstruir el socialismo chileno sobre nuevas bases, (dejando) atrás los esquematismos ideológicos, las prácticas sectarias, el maximalismo verbal, los modelos abstractos”. Luego de definirse como democráticos y pluralistas, se enfrentan a la necesidad de definir su actual sentido del socialismo. “Nos une la cultura socialista amplia y no monolítica. Nos une una política socialista que pone el acento en la capacidad organizativa del pueblo y no en la afirmación vertical del poder. Aspiramos a un desarrollo que sea capaz de satisfacer las necesidades básicas de la población y asegurar un progreso creciente para todos, compatible con el ejercicio de la libertad y la promoción de los derechos humanos”⁴¹.

Entre los numerosos firmantes, se encuentran: Raúl Ampuero, Carlos Altamirano, Sergio Bitar, Orlando Cantuarias, Jacques Chonchol, Alejandro Chelén, Oscar Guillermo Garretón, Rafael Agustín Gumucio, José Miguel Insunza, Luis Maira, Aniceto Rodríguez, Aníbal Palma, Erich Schnake, José A. Viera-Gallo y Oscar Weiss.

⁴¹ “Por la Convergencia Socialista”, llamamiento de Milán de julio de 1982, en *Chile-América* N° 80-81, julio-septiembre 1982, p. 77.

2. LA RENOVACION Y LOS PARTIDOS DE IZQUIERDA

Además de las dificultades que el proceso renovador muestra internamente, en esa formulación de sus postulados, donde deja vacíos importantes sin llenar así como evidencia contradicciones muy claras, está a la vista otro fenómeno; la desfiguración de la intención inicial de los intelectuales renovadores del pensamiento de izquierda, por parte de los grupos políticos que se han ido sumando a ella, en cuanto instrumento válido para tener vida futura.

Mostraremos, en esta parte, esas dificultades desde el interior de los actores mismos. Primero veremos el distinto enfoque que los partidos de izquierda tienen del proceso renovador.

Para los socialistas, del grupo Altamirano, el proceso renovador está en función de la superación de sus problemas. El dirigente Luis Jeréz lo dice con toda claridad: "El partido socialista, a despecho de sus quebrantos, tiene un espacio natural en la izquierda chilena. La crisis coyuntural no cuestiona tal privilegio. El tronco histórico del socialismo chileno es un factor insustituible. Sin su presencia es inimaginable el avance del socialismo"⁴². En buenas cuentas sitúa al proceso renovador en un plano de muy limitados alcances. Carlos Altamirano interpreta la naturaleza del proceso renovador, desde una perspectiva gramsciana como una reformulación política en la izquierda para regresar después a la vigencia del tradicional eje socialista-comunista. Plantea que dado que el socialismo por sí solo no es fuerza suficiente para impulsar un proceso de socialización, debe seguir la estrategia de conformar un "bloque hegemónico de clases explotadas". Primero hay que construir un bloque histórico por el socialismo, el que tiene un carácter estratégico para luchar por la transformación social y por la profundización de la democracia. Este bloque histórico debe dar paso después a la constitución de cierto eje que exprese un nivel de "cohesión y organización del espacio del socialismo en el espectro político chileno"⁴³. En este último es donde prima la hegemonía socialista, la que es difusa, deliberadamente en alianzas preliminares que son más amplias. El

⁴² JEREZ, Luis, "Una estrategia de combate para un camino prolongado", trabajo publicado en la obra colectiva *Reflexión 80-81*, por el Instituto para un Nuevo Chile, Holanda, 1981.

⁴³ ALTAMIRANO ORREGO, Carlos, "Ocho tesis....." ya citado.

lo dirá así: "Primero hay que hacer énfasis en la coincidencia programática de las fuerzas que lo integran (la alianza o bloque inicial). Es decir una alianza política explícita. El segundo, constituye el resultado de un proceso de afirmación de la hegemonía de las fuerzas obreras y socialistas, dándose por resultado un alto grado de homogeneidad ideológica"^{43bis}.

Ahí está expuesta nítidamente la teoría de Gramsci sobre las alianzas políticas. El lector podrá concluir si ahí hay o no una intención totalitaria.

En un Pleno de 1981 el partido socialista asigna al proceso renovador cuatro tareas: 1. Superar el oscurantismo ideológico de la izquierda de los últimos años; 2. Poseer la capacidad de plantear el tipo de sociedad socialista deseada; 3. Tener la independencia necesaria frente a los socialismos reales, con capacidad de criticar aquello que merezca reparos; y 4. Tener capacidad para sortear en lo nacional y en lo internacional las presiones y aislamientos que una actitud renovadora implica.

Diferente es el enfoque que respecto del proceso renovador tiene el dirigente de izquierda Jaime Gazmuri. El lo ve como "la generación y desarrollo de una nueva corriente obrera y popular, capaz de expresar y dirigir el conjunto de fuerzas populares que compartan nuestra visión de la revolución... Entendemos el desarrollo de una nueva corriente obrera y popular, como un proceso múltiple, que se da en varios planos simultáneamente: en el movimiento social, en el terreno del diálogo y la confrontación teórica de manera de dar coherencia y consistencia al proyecto común y en el trabajo conjunto de las organizaciones políticas que concurren a éste"⁴⁴. Aquí junto con darle el sentido de ser un nuevo partido político que supere a los actuales dentro de la izquierda, echa por la borda varios de los postulados más preciados de los renovadores tales como la ampliación del proceso a todas las fuerzas sociales (Gazmuri lo reduce al proletariado) y como la eliminación del partido-vanguardia (Gazmuri lo enfatiza).

En buenas cuentas lo que Gazmuri plantea no es sino la mantención de una marcada hegemonía obrerista dentro de la izquierda, en posición muy cercana a la del partido comunista, a la cual deben agregarse otras fuerzas

^{43bis} Ibid.

⁴⁴ GAZMURI, Jaime, "Informe al Pleno del Partido Mapu Obrero-Campesino" 1981, mimeo.

que estén por el socialismo, y así conformar un bloque político que no sería otra cosa que el Frap o la Unidad Popular actualizada a la realidad presente.

La Izquierda Cristiana, por su parte, dice que el proceso renovador del socialismo "no debe ser un proyecto sólo de la clase obrera. Tal proyecto aislaría al proletariado... (hay) que proponer una estrategia popular, dentro de un bloque social que abra paso a la democracia. Lucharemos por la hegemonía de las clases pobres (dentro de ese bloque) en un marco de pluralismo. Sólo conquistando la hegemonía se logrará avanzar hacia una sociedad más justa"⁴⁵.

Aparte de la clara recurrencia a Gramsci, tenemos como elemento diferencial la ampliación social como fundamento del bloque, incluso en el nivel más homogéneo, donde se habla de clases pobres y no de clase obrera. Esto que pudiese ser novedoso, deja de serlo si vemos la experiencia de los socialismos existentes. En China comunista, por ejemplo la llegada al poder de Mao se debe no a los proletarios sino a grupos campesinos; Fidel Castro derriba al régimen de Batista no con el apoyo del proletariado cubano, sino con una alianza entre estudiantes y campesinos, con un movimiento dirigido por una élite universitaria a la cual él pertenece. El sandinismo nicaragüense no es tampoco una expresión de un frente obrero. En definitiva se asumen esas experiencias ajenas, para traerlas aquí. Ahora bien, la circunstancia de quién integra el bloque con pretensiones hegemónicas no le da, en caso alguno, un sello más democrático al proceso, es decir los elementos componentes del bloque hegemónico son neutros en función del tema de la democracia.

Otro punto —y fundamental— que muestra profundas contradicciones entre los inspiradores iniciales de la renovación y los políticos adherentes, es la cuestión de la democracia. Los renovadores se han caracterizado por expresar su valoración de la democracia como sistema político, más allá de una utilidad circunstancial (esto sin perjuicio de tener presente aquí lo que hemos sostenido sobre los vacíos que dejan los intelectuales renovadores al definirse como democráticos).

El primero que contradice esas afirmaciones es Carlos Altamirano,

⁴⁵ IZQUIERDA CRISTIANA, Acuerdos del Pleno del partido, marzo de 1980, mimeo.

quien plantea, desde dentro de la renovación que “todo este conjunto de ideas acerca de la vinculación entre democracia y socialismo nada tiene que ver con la ilusión de que el cambio social podría llegar a ser el resultado de un idílico y progresivo desarrollo democrático... Mientras existan contradicciones marcadas por la apropiación privada del producto social, las instituciones democráticas serán precarias y estarán expuestas a su destrucción. En relación a esta precariedad debe medirse el uso de la violencia en defensa de la democracia”⁴⁶.

La Izquierda Cristiana sostiene que “la vinculación profunda entre democracia y socialismo, como factor que asegurará en el futuro un proceso constante y sostenido de traspaso de la riqueza y el poder político en favor de la mayoría del pueblo chileno. Participación, autogestión y mayor igualdad pueden producirse y sostenerse únicamente en una economía y una cultura que avancen al socialismo”⁴⁷.

Aquí está presente una tendencia que es reiterativa en el proceso renovador: la concepción mesiánica del socialismo: sólo él podrá dar felicidad a la población. Todo lo que no es socialista, por exclusión, debe considerarse como una alternativa falsa y engañosa. ¿No se cree que por esta vía, cualquiera sea el color de su pavimento, se transita inevitablemente al totalitarismo? También está presente el afán maquiavélico de identificar democracia con socialismo, de lo cual se puede derivar que los que no son socialistas serían antidemocráticos. Por ese camino se vuelve a caer en la concepción maniquea de la política de los años 70-73.

Un dirigente singularmente claro para desnudar el enfoque democrático prevaleciente en la izquierda renovada, es Javier Ossandón, del Mapu. Dice él: “La unidad entre lucha democrática y lucha socialista, para plasmarse efectivamente requiere de dos condiciones: a) la participación decisiva del movimiento popular en la lucha por la democracia y b) una profunda maduración ideológica y política de nuestra izquierda que haga posible lo anterior, dando contenido real y formal a la soberanía popular... esto implica que la democracia por la que se lucha no se agota en el concepto limitadamente por grupos “representativo de ésta, sino que sea el pueblo soberano quien ejerza su autoridad de un modo directo y con

⁴⁶ ALTAMIRANO ORREGO, Carlos, op. cit.

⁴⁷ IZQUIERDA CRISTIANA, documento citado.

capacidad para controlar y revocar las delegaciones que emanen de su imperio". De no producirse este encuentro entre democracia y socialismo, "nuestra lucha democrática se agotará en conquistas de condiciones procesales-formales meramente instrumentales para acumular fuerzas en la lucha por el poder"⁴⁸.

Ossandón muestra en toda su realidad lo que parece ser el núcleo central de estos planteamientos democrático-socialistas. O la democracia se entiende ligada inevitablemente al socialismo, o ésta es considerada como mero instrumento para acceder al poder político, desde donde se dejaría de lado. Eso quiere decir que lo valórico de la democracia no ha superado a la teoría instrumentalista que de la democracia se tiene en la izquierda.

Lo que parece quedar reiteradamente claro a la luz de estas contradicciones, es que la efectiva renovación del pensamiento de izquierda, que permita contar con una izquierda democrática, no va a provenir de partidos, tendencias o figuras de la izquierda democrática, no va a provenir de partidos, tendencias o figuras de la izquierda conocida, pues carecen de algo central: credibilidad.

Dentro de la acción política los renovadores han ido dejando, deliberadamente, cuestiones sin resolver. Por ejemplo no ha sido clara su posición frente al pluralismo político. Lo aceptan y lo reclaman desde la oposición, pero no se pronuncian respecto de su vigencia en aquel momento ideal para ellos en que pudiera consolidarse la hegemonía socialista. De esto mismo se deriva otro punto oscuro en su praxis: el principio de la alternancia en el poder, no de nombres sino de proyectos de sociedad, o ellos en el fondo desean que una vez iniciado el proceso sugerido, ya no se admita más la alternancia en cuanto ésta le es perjudicial. Por lo demás este pecado no es nuevo en la izquierda chilena, pues, la experiencia de Allende al ser definida como transición al socialismo estaba indicando que se trataba de un proceso irreversible, sin haber necesidad de detenerse, para fundamentar esta tesis, en las opiniones más radicalizadas de la izquierda de ese entonces.

La misma caracterización del bloque a construir no ha sido lo suficientemente explícita. Es un bloque que admite cambios, que entra al juego de

⁴⁸ OSSANDÓN, JAVIER, *La Democratización de Chile tiene un sello socialista*, editado por el Taller de Estudios Latinoamericanos, México, 1978, p. 12.

mayorías y minorías, o sólo se trata de un bloque para acumular fuerzas en la finalidad de lograr determinados objetivos, lo que corresponde a una lógica de guerra de posiciones, dentro de un proceso que no admite ni interrupciones ni regresos. Al no definirse esto claramente, la intencionalidad democrática, en la práctica, de la renovación, no se ve nítidamente. En el fondo la tesis de la formación de un bloque para construir la hegemonía no varía tanto de la conocida política de los comunistas de la llamada correlación de fuerzas. Correlación de fuerzas no constituye, de modo alguno, sinónimo de mayoría. Lo importante, dirá un estudioso de la izquierda⁴⁹, será "contar con una mayoría activa, que no es sino una minoría relativa pero poseedora de una moral de combate, de un buen nivel de organización, de capacidad de movilización, de homogeneidad de pensamiento... Esta minoría activa, altamente disciplinada y militante es la encargada de crear las condiciones necesarias para lograr imponer los principios y las tácticas definidas por el partido".

Desde luego que estos vacíos y contradicciones de la práctica política, los entendemos a la luz de los principios doctrinarios que muestran iguales imprecisiones. Por eso afirmamos que en el nivel político la intención de renovar el pensamiento y el estilo de acción de la izquierda no comunista, pero marxista, no pasa de ser un mito en función de su recomposición y de su participación en el quehacer público del mañana.

Cuestiones que ellos hacen cruciales en su definición política no lo son en verdad si uno las analiza comparativamente.

Por ejemplo, la preconización de un socialismo nacional no constituye en sí una profesión de fe democrática. En efecto, tenemos los casos de Yugoslavia, de Rumania, de China, que mantienen distintos grados de independencia frente a Unión Soviética, pero sus experiencias nacionales de socialismo no evidencian ni un pluralismo político ni menos una alternancia en el poder.

La afirmación de que ya no es necesaria la dictadura del proletariado, que muchos repiten con insistencia, también nos merece un comentario. Ellos mantienen en plena vigencia la lucha de clases, la que de acuerdo a la

⁴⁹ BASCUÑÁN EDWARDS, Carlos, *Los partidos de Izquierda en Chile. El partido Comunista (1973-1980)*. ICHEH, 1981, p. 15.

doctrina marxista, que ellos profesan, desemboca en un enfrentamiento con vencedores y vencidos. De suerte que aparecen renunciando a una fórmula sin abdicar de lo esencial.

No es, de otro lado, primera vez que esto ocurre. Baste recordar que en 1945 el Secretario General del Partido Comunista de Checoslovaquia, Klement Gott Wald renunció públicamente a la tesis de dictadura del proletariado y se embarcó en un gobierno de coalición democrática. Pero fue, en definitiva, una renuncia provisoria y táctica, pues cuando la correlación de fuerzas le fue favorable en 1948, dio un golpe de Estado que lo lleva a él como Jefe del Gobierno y a su partido como el único autorizado para ejercer el poder: la dictadura del proletariado —que no es sino la del partido comunista— había regresado en gloria y majestad.

Incluso en su crítica a fondo a Lenin, donde como lo hemos visto se apoyan en Gramsci que es un leninista convencido, resultan poco creíbles. Para ello traemos a este trabajo la siguiente cita del líder ruso: “La más fiel devoción a las ideas del comunismo debe unirse al arte de consentir todos los compromisos prácticos que sean necesarios: contemporizaciones, “culebros”, maniobras de conciliación y retirada, etc.”⁵⁰.

La falta de credibilidad en una efectiva renovación, que excluya al marxismo, ha llevado a sostener al profesor Fernando Moreno una afirmación que suscribimos plenamente: “Las exigencias dialécticas los han llevado en el presente a constituirse en la negación concreta y relativa de su pasado, para mejor asegurar su implementación definitiva y total en el futuro”⁵¹.

Digamos al final, que el propio Lenin fue en su tiempo un heterodoxo del marxismo, tanto porque fue el artesano de la dictadura del proletariado, allí donde la teoría marxista no lo había previsto: en una Rusia agraria y no capitalista, así como consciente de la insuficiencia de la teoría fundante, aun cuando la eleve al nivel de ciencia, insta en 1900 a no ver en los

⁵⁰ La cita de Lenin ha sido tomada del libro de MORENO V., Fernando, *La Herencia Doctrinal y Política de Karl Marx*, ILADES, 1979.

⁵¹ Idem.

postulados de Marx algo "completo e inviolable" y a proponer una elaboración independiente de aquella de acuerdo a la realidad rusa⁵².

La heterodoxia marxiana no es señal de democracia. Son simples ajustes de los mismos principios.

⁵² LENIN, V.I., *Nuestro Programa*, p. 34. La cita ha sido tomada del libro de Fernando Moreno, ya citado, p. 93.